

## Las cosas del nacer

NUESTROS PROBLEMAS CON LA REPRODUCCIÓN no dejan de reproducirse, últimamente a ritmo cada vez más acelerado: y es una reproducción sin duda asistida, porque a los problemas nunca les faltan ginecólogos y comadronas con entusiasmo manipulador. Los problemas de la reproducción se agrupan en dos grandes áreas: los que provienen de impedirle cuando uno puede reproducirse pero no quiere y los que derivan de prohibirla cuando uno quiere reproducirse pero no puede. Son cuestiones radicalmente distintas, pese a que todas pertenecen al tema común de la reproducción humana, pero suelen recibir respuestas en bloque, o sea que las correspondientes al primer área se venden con las de la segunda, como las grandes distribuidoras obligan a quien les compra la película de éxito a

aborto, debe apoyar también los hijos de diseño, la procreación sin varón de vírgenes o lesbianas y el parto de las abuelas (incluso el de los montes, si se tercia). Item más: si cree usted que el deseo sexual sin intenciones de reproducción no es pecado, debe aceptar del mismo modo que la reproducción sin deseo sexual tampoco constituye falta reprensible. Cosas de la coherencia, ya digo.

Se contraponen dos actitudes globales: una mantiene que el respeto a la naturaleza, obra de Dios, debe ser lo que nos guíe, mientras que la otra sostiene que toda obra humana es artificial y que por tanto es vano intento distinguir ontogénicamente entre el plástico y la miel o entre la madre y la abuela. La primera escuela tropieza con obvias dificultades: no es cosa sencilla convencer a un tipo que

naturaleza sean precisamente quienes reciben toda su autoridad moral de lo sobrenatural... Lo cierto es que las técnicas no son lo contrario de la naturaleza, sino la aportación a ella del hombre, tal como hace siglos estableció Francis Bacon: *ars est homo additus naturae*. Todo el despliegue técnico es, pues, lo que el hombre ha hecho *por* la naturaleza, en el doble sentido de "por": a favor de la realización de sus sueños naturales (longevidad, velocidad, potencialidad de los sentidos, mitigación del dolor...) y gracias a las leyes naturales, sin cuyo concurso nadie inventa ni manipula. Si hay razones para considerar rechazables ciertos logros humanos, nada tendrán que ver desde luego con su mayor o menor *naturalidad* porque ir *contra* la naturaleza es cosa que nadie sabe hacer... al menos en este mundo.

El partido opuesto, en cambio,

de las que los hombres *hacen*. Los humanos somos producto de otros humanos, cierto, pero no productos *manufacturados*. Somos *fruto* de nuestros padres, no su encargo, ni su pedido a la tienda, ni mucho menos su propiedad. La reproducción asistida es un avance médico cuando logra que una pareja realice con su ayuda lo que bien quisieran hacer sin ella, pero resulta menos respetable puesta al servicio de las extravagancias de ciertos progenitores. Nadie es ni sobre todo tiene por qué llegar a ser un artilugio del capricho ajeno: si nadie puede ser obligada a ser madre contra su decisión o contra su gusto, nadie puede ser fabricado hijo según el gusto o manía de una señora. En una palabra: todo lo que los hombres hacemos es igualmente artificial, incluida nuestra propia condición humana lingüística y social, todo... menos nuestra entidad individual de carne

convirtiéndose solamente en el mundo social". Este tercer estadio (posindustrial, posmoderno, lo que se quiera: el nuestro) no descarta ni lo natural ni lo técnico, pero lo enfoca desde una perspectiva simbólica distinta, la imaginación social. Tal fue el empeño del *humanismo* desde Montaigne, hoy denostado por la becerrada heideggeriana y por la epilepsia tecnocrática (si se quieren precedentes aún más remotos en el tiempo y espacio, también el pensamiento confuciano planteó con minucia el permanente tránsito de lo natural a lo *civil*). Los asuntos del nacer se falsean enfocados desde el seudonaturalismo clerical y desde el artificialismo adiafórico resignado a que todo lo que puede ser hecho sea hecho y luego ya nos arreglaremos para juzgarlo: es preciso, como alternativa, recurrir a la imaginación social de un humanismo que no tema asumirse como tal. Y si de vez en cuando hay que desagradar tanto a los del *nadie ose* como a los del *todo vale*, pues volvemos a enfrentarnos con ellos. Ante cualquier intento de este género, el tópico vaticina enseguida un retorno de la Inquisición, demostrando así que se ignora no sólo lo que pasa hoy, sino también lo que la Inquisición fue en su día. Como bien ha señalado José Sanmartín, "lo verdaderamente impregnado del espíritu de la Inquisición no es pedir un control social de las tecnologías, sino

poner éstas —como la tradición autoritaria ha hecho siempre— más allá de la esfera de lo opinable".

Se dice: cualquiera puede criar un niño, lo mismo una abuela que una pareja de homosexuales o sus padres biológicos. Pero es que no es lo mismo ser padres de una criatura que cuidarla; no es idéntico criar que *engendrar*. En efecto, cualquier persona o pareja de personas con miramiento y afecto puede cuidar muy bien la infancia de un niño, sean cuales fueren su edad o sus preferencias sexuales. ¡Ojalá hubiera más adultos generosos para atender a tantos niños abandonados, desválidos, hostigados hasta la muerte! Ser padres es otra cosa, a la vez más simple y más misteriosa: el empeño de la carne, la culminación del deseo. Por supuesto, después los padres somos indignos, abandonamos a la pareja o a la prole, la destruimos a fuerza de amor o de ignorancia... sea. Pero nadie tiene derecho a hurtar a otro el enigma corpóreo de su origen, las dos figuras *distintas* que debaten en la sombra y luego en la penumbra de nuestros sueños; nadie tiene derecho a encerrar a Edipo en una probeta, como si se tratase de un genio maligno. ¿Cómo dice el verso de Quevedo? "La vida empieza en lágrimas y caca...". Respetemos, por principio, nuestro principio. ☺

*Fernando Savater*